

JAIME LOPERA · MARTA INÉS BERNAL

LA CULPA ES DE LA VACA 2

Anécdotas, fábulas y reflexiones que
nos invitan a crecer como personas



CONTENIDO

Prólogo	11
La culpa es de la vaca.....	13
Los globos negros.....	15
Las cuatro estaciones.....	17
Un ejemplo de protocolo	19
La lección del carbón	21
Una preciosa factura	23
El puente fraterno	25
La guadua del contribuyente	27
Papi, ¿cuánto ganas por hora?.....	28
El perro fiel	30
La autoridad moral	32

El papel arrugado.....	35
La serpiente y la luciérnaga	37
El tazón de madera.....	39
El paso del tiempo.....	42
El perdón en pocas palabras.....	44
El temor al fracaso	46
Un favor por otro favor.....	48
La flor de la honradez	52
¿Cambiar el destino?	54
Un anillo de compromiso	56
Historia de muebles.....	58
El conjuro de los sioux	59
Quiero ver a Dios.....	62
Una ocasión especial	64
Las habilidades del barquero.....	66
La última cena.....	68
Una vasija agrietada	71
La caja de besos	73
Sabiduría socrática	74
Un gusano en la cumbre	76
El peso del agua	78

Una pesca ética.....	80
El ladrillazo.....	83
Las mil canicas.....	85
La publicidad del ciego.....	88
Una lista de elogios	90
El último abrazo.....	93
La decisión de amar	97
El tesoro de la confianza	99
Las cuatro velas.....	102
Cuando el viento sopla.....	104
La segunda oportunidad.....	106
La niña de las manzanas.....	109
El diccionario de los niños.....	111
El valor de la amistad.....	113
¿Vendes tu casa?.....	116
Compartir las semillas.....	118
Por un vaso de leche.....	120
Un gran amor.....	123
Educar es sembrar	126
Los detalles que protegen.....	128
Regalos que se rechazan	130

El pequeño bombero	132
El anillo especial	136
El alfabeto.....	139
La joya más valiosa	141
La casa de los espejos.....	142
El imaginador de posibilidades.....	144
El discípulo erudito	147
Los hombres que cavaron un pozo	149
El mismo tipo de pago.....	151
El ciego y la lámpara	153
Un regalo	154
Libreta breve.....	156
Notas y fuentes	159

LA CULPA ES DE LA VACA

Este texto, cuyo resumen fue publicado originalmente por el profesor Fernando Cepeda en su columna habitual de El Tiempo de Bogotá, es una excelente demostración de una conducta muy frecuente relacionada con la ramificación de la culpa. Fue divulgado en la primera edición de nuestro libro La culpa es de la vaca 1, y estimamos que debe reproducirse de nuevo para que el título de este segundo libro tenga un similar significado.

Se estaba promoviendo la exportación colombiana de artículos de cuero hacia los Estados Unidos y un investigador de la firma Monitor decidió entrevistar a los representantes de dos mil almacenes en Colombia. La conclusión de la encuesta fue determinante: los precios de tales productos son altos y la calidad muy baja.

El investigador se dirigió entonces a los fabricantes para preguntarles sobre esta conclusión. Recibió esta respuesta: no es culpa nuestra; las curtiembres tienen una tarifa arancelaria de protección de quince por ciento para impedir que lleguen los cueros argentinos.

A continuación, les preguntó a los propietarios de las curtiembres y ellos contestaron: no es culpa nuestra. El problema radica en los mataderos porque sacan cueros de mala calidad. Como la venta de carne les reporta mayores ganancias con menor esfuerzo, los cueros les importan muy poco.

Entonces, armado de toda su paciencia, el investigador se fue a un matadero. Allí le dijeron: no es culpa nuestra; el problema es que los ganaderos gastan muy poco en venenos contra las garrapatas y además marcan por todas partes a las reses para evitar que se las roben, prácticas que destruyen los cueros.

Finalmente, el investigador decidió visitar a los ganaderos. Ellos también dijeron: no es culpa nuestra; esas estúpidas vacas se restriegan contra los alambres de púas para rascarse las picaduras.

La conclusión del consultor extranjero fue muy simple: los productores colombianos de carteras de cuero no pueden competir en el mercado de los Estados Unidos “¡porque sus vacas son unas estúpidas!”¹.

LOS GLOBOS NEGROS

Los prejuicios raciales, así como los prejuicios de todo tipo, implican, además del rechazo, una desvalorización del otro por el solo hecho de ser diferente a mí o a mis prejuicios. Las luchas de los colectivos por lograr la igualdad en todos los sentidos han costado sangre, sudor y lágrimas en la historia de la humanidad.

En cierta ocasión, un famoso predicador norteamericano se encontraba a punto de dar una de sus habituales conferencias acerca de los derechos humanos. Al mirar hacia los asistentes, notó que una pequeña niña de color negro se encontraba al frente de su auditorio. Un poco sorprendido, preguntó a uno de sus ayudantes al respecto, y este solo le dijo que la niña había sido la primera en llegar al lugar.

Al terminar su discurso, el predicador dio una orden para que, como parte de la ceremonia, se soltaran al cielo globos de diferentes colores que la pequeña no dejaba de admirar. Entonces, el predicador se acercó a ella y la levantó en sus brazos para que mirara mejor la escena.

La pequeña lo miró fijamente y le preguntó:

—¿Los globos negros también volarán hacia el cielo?

El predicador la miró dulcemente y le contestó:

—Los globos no vuelan al cielo por el color que tengan, sino por lo que llevan dentro.

LAS CUATRO ESTACIONES

Los puntos de vista diferentes sobre los mismos hechos, las observaciones subjetivas de cada persona y sus juicios valor se reflejan de una manera sabia en los siguientes párrafos. Se demuestra la relatividad de todo, especialmente de las conclusiones a las que llegamos con una sola mirada.

Había un hombre que tenía cuatro hijos. Como parte de la educación, él quería que ellos aprendieran a no juzgar a las personas y las cosas tan rápidamente como suele hacerse. Entonces los envió a cada uno, por turnos, a ver un árbol de peras que estaba a gran distancia de su casa.

Como en su país había estaciones, el primer hijo fue en el invierno, el segundo en primavera, el tercero en verano y el cuarto en otoño. Cuando todos habían ido y regresado, el padre los llamó y les pidió que describieran lo que habían visto.

El primer hijo dijo que el árbol era horrible, contrahecho y retorcido, parecía seco y sin vida. El segundo dijo que no, que el árbol estaba cubierto de brotes verdes y

lleno de retoños que prometían muchas flores. El tercer hijo no estuvo de acuerdo: afirmó que el árbol estaba cargado de flores y se veía hermoso; era el árbol más lleno de gracia que jamás había visto.

El último de los hijos no opinó lo mismo que ellos. Dijo en cambio que el árbol estaba cargado de peras lozanas, lleno de savia y bienestar. Contó cómo los pájaros acudían al peral para comer de los frutos que se estaban madurando, todo a su alrededor se llenaba de un exquisito aroma.

Entonces el padre les explicó a sus hijos que todos tenían la razón a su manera: ellos habían percibido cada una de las estaciones de la vida del árbol.

Y añadió la enseñanza que aspiraba a dejar aclarada ante sus hijos: no se puede juzgar a una persona con solo ver una de sus temporadas.

La naturaleza de los hombres (el placer, la tristeza, el regocijo y el amor, que vienen con la vida) solo puede ser evaluada al final, cuando todas las estaciones hayan pasado.

UN EJEMPLO DE PROTOCOLO

“La diplomacia es el arte de conseguir que los demás hagan con gusto lo que uno desea que hagan”. Esta narración, real o imaginaria, muestra el talante de un hombre como Churchill, y a la vez el humor inglés aplicado a una situación realmente embarazosa y la forma elegante de salir de ella.

Cuentan que durante un banquete oficial, celebrado en un país anglosajón con la asistencia de personalidades de todo el mundo, un empleado del gobierno, concretamente el jefe de protocolo, observó de lejos que uno de los “ilustres” invitados se introducía un valioso salero de oro en el bolsillo de su chaqueta.

El jefe de protocolo, responsable de los bienes oficiales, al no saber qué hacer ante aquella delicada situación, se dirigió al primer ministro y le pidió un discreto consejo sobre lo que debería hacerse dada la reputación del personaje.

Sin decir ninguna palabra, el primer ministro se fue a la mesa más próxima, se introdujo otro salero de oro en

el bolsillo del chaleco, se acercó al “personaje” que había sustraído el salero y, mientras le mostraba discretamente el contenido de su bolsillo, le dijo al oído:

—El jefe de protocolo nos ha visto guardarnos el salero en el bolsillo. Será mejor que lo devolvamos, ¿verdad?

Esta fue una manera realmente ingeniosa de resolver una embarazosa situación diplomática.

LA LECCIÓN DEL CARBÓN

Los verdaderos equipos se convierten para las personas en “grupos de referencia”, es decir, las personas se identifican a través de ellos, y son una fuente de seguridad y de aprendizaje permanentes. En esos grupos, una ausencia puede ser notada.

Sebastián, quien regularmente asistía a las reuniones de un grupo de miembros de un club, un cierto día dejó de participar en sus actividades, no obstante ser uno de sus miembros más connotados. Después de algunas semanas, el líder de aquel grupo, extrañado por esa ausencia, decidió visitarlo una noche muy fría de invierno.

Lo encontró en su casa, solo, leyendo frente a una chimenea donde ardía un fuego brillante y acogedor.

Adivinando la razón de la visita, Sebastián le dio la bienvenida al líder y, después de acomodarlo en una silla grande cerca de la chimenea, se quedó a la espera de iniciar la conversación. Se hizo un silencio. Los dos hombres solo contemplaban la danza de las llamas en torno de los troncos de leña que crepitaban.

Al cabo de algunos minutos, el líder, sin decir palabra, examinó las brasas que se formaban y cuidadosamente seleccionó una de ellas, la más incandescente de todas, y la retiró a un lado del brasero con un garfio. Volvió entonces a sentarse, y permaneció silencioso e inmóvil después de solicitar permiso para fumarse una pipa. El anfitrión prestaba atención a todo, fascinado pero inquieto.

Al poco rato, la llama de la brasa solitaria disminuyó hasta que solo hubo un brillo momentáneo y el fuego se apagó de una vez. En poco tiempo, lo que era una muestra de luz y de calor, no pasaba de ser un negro, frío y muerto pedazo de carbón recubierto por una escasa capa de ceniza grisácea. Muy pocas palabras habían sido dichas desde el saludo ritual entre los dos amigos.

El líder, antes de prepararse para salir, manipuló con el garfio nuevamente el carbón frío e inútil, colocándolo otra vez en medio del fuego. De inmediato, la brasa se volvió a encender alimentada por la luz y el calor de los carbones ardientes en torno suyo.

Cuando el jefe del grupo alcanzó la puerta para irse, el anfitrión le dijo:

—Gracias por tu visita y por tu bellísima lección. Regresaré al grupo. Buenas noches.

